

### CAPÍTULO III.

ESTADO DEL REINO DE CASTILLA ÁNTES DEL REINADO DE ISABEL. — CREACION DEL PODER ESPAÑOL POR UNA MUJER. — IMPULSO LITERARIO, REGENERACION DEL ESPÍRITU NACIONAL, AUMENTO DEL CATOLICISMO. — RETRATO DE ESA MUJER, EL MÁS ILUSTRE REY DE LOS TIEMPOS MODERNOS. — INFLUENCIA DE ISABEL EN LOS DESTINOS DE ESPAÑA.

#### § I.

España inspiraba interes á todo el Catolicismo. Su lucha contra el Koran, el celo de su cruzada emprendida en el suelo de Europa, excitaban las simpatías del mundo cristiano. Al aplaudir aquella heroica tentativa, presentíase algo grande que seria la recompensa de una fe tan generosa. El territorio español, dividido antiguamente en soberanías separadas: el reino de Castilla, Aragon, Navarra, Cerdeña, el califato de Córdoba, el de Granada, iba á engrandecerse para no formar más que una sola monarquía, la más opulenta del universo. En aquel tiempo, pronunciábase frecuentemente el nombre de una mujer en las relaciones de las cortes cristianas, y no resonaba ménos en el litoral del África hasta las costas del Oriente, honrado con las feroces maldiciones del Islamismo. Aún en nuestros días, tan poco favorables á todo entusiasmo, cuando uno intenta estudiar aquella época, se admira de que esta reina, sin disputa la más notable de la historia, la heroína sabia y guerrera que pisó pobre y sencilla los esplendores de la Alhambra, á quien tributaron sus magnificencias las cortes y los campos, que recibió la admiracion de los caballeros cristianos y moros, sin peligro para su modestia, defendida por su piedad en medio de los honores, no sea familiar á la Francia, esta nacion naturalmente prendada de la grandeza y de la gloria sin mancilla.

Es imposible consultar los anales de la navegacion y el origen de las colonias del Nuevo Mundo, sin que acuda á la memoria el dulcísimo nombre de Isabel;



porque ella fué el medio del Descubrimiento, de la misma manera que el hombre que le sometió su plan era el instrumento providencialmente destinado.

Aquí debemos entrar en algunos pormenores, absolutamente necesarios, para aclarar la misión del perfecto cristiano cuyos hechos vamos á referir. La llegada de Colon á España, el papel que desempeñó en los destinos de esta nación, no tuvieron nada de casual, ni fueron sino el corolario de principios sentados ya; la recompensa de una empresa digna de ser doblemente apreciada, bajo el punto de vista de la historia y de la fe católica.

Después del reinado del rey de Castilla Enrique III, llamado el *Doliente*, pasó el cetro á su heredero, que aún no tenía dos años, y á quien se coronó bajo el nombre de Juan II.

Hombre de alma débil como su padre lo había sido de cuerpo, vivió sin cuidarse del trono, entregado á fiestas, torneos, música, festines y cacerías, dejando que reinara en su nombre su ministro favorito, don Alvaro de Luna, á quien había hecho gran condestable. Este rivalizaba en lujo con su señor, gastaba magníficamente; tuvo sus gentiles-hombres, oficiales, cortesanos, poetas, y hasta sus anales, como un soberano. La crónica de don Alvaro, que ha llegado á nuestras manos, ocupa su puesto entre los códices históricos. El despotismo del condestable don Alvaro de Luna había rebajado la autoridad real, fomentado odios y divisiones, mientras que la impunidad de sus hechuras tendía á la corrupción de la justicia, á la satisfacción de venganzas personales, al robustecimiento del poder harto grande ya de ciertos vasallos. La duración de este reinado fué en perjuicio del estado civil y religioso del reino de Castilla. Juan II confesó por fin sus graves faltas en su lecho de muerte, y aunque tarde sintió no haber nacido en una casa humilde más bien que en el trono.

Dos veces se había casado ese pobre monarca. De su primera unión había tenido un hijo, el infante don Enrique, y de su segundo matrimonio con una princesa de Portugal, había tenido la infanta Isabel y el infante don Alfonso.

Casi al llegar al trono, recibió don Enrique el sobrenombre de *Impotente*. Fué una copia exacta de todos los defectos de su padre, y como él, se puso bajo el yugo de un favorito, don Juan Pacheco, marqués de Villena, antiguo paje del célebre condestable don Alvaro de Luna, cuyo favor parecía resucitar. La disipación del erario del anterior reinado no impidió ni las munificencias extravagantes, ni las vergonzosas liberalidades. Los escándalos se multiplicaron. La corrupción penetraba en todas las clases del Estado. La magistratura, las dignidades eclesiásticas servían para recompensar la bajeza ó la abominación de ciertos servicios. En esta completa relajación vino á dar mayor gravedad á la miseria pública la alteración de las monedas, que el mismo gobierno descaradamente protegía.

Después de muerto su padre, relegó don Enrique á su triste viuda con sus dos

hijos, Isabel y Alfonso, al monasterio de Arévalo, donde Pedro el Cruel había hecho encerrar á la desgraciada Blanca de Borbon, al día siguiente de sus bodas.

Isabel tenía entonces cuatro años; su hermanito era un niño de cuna. Olvidados en aquella soledad, abandonados al aislamiento y privados de las cosas cuya costumbre constituye una necesidad, sintieron amargamente aquellos desdichados las molestias de la indigencia. La tristeza de la viuda del rey se agravó á causa de su miserable situación, hizo más sombrío su carácter y debilitó su razón. Desde entonces, interesándose Isabel por su madre y su hermanito que reclamaban igualmente sus cuidados, á la edad en que los demás niños, felices por no prever nada, y comprendiendo que un amor tutelar vela por ellos, no se ocupan más que en juegos, risas y caricias, comprendió que tenía grandes deberes que cumplir. Los cuidados consiguientes y el uso precoz de su reflexión aceleraron la madurez de su juicio, y pudo conocer el lado frágil y fútil de las cosas. Vió desde luego la nada y la inestabilidad de las grandezas humanas. Su madre, privada de la corona, y después de la razón, habiendo antes recibido los homenajes de los pueblos, era una lección conmovedora.

Mientras iba creciendo la joven infanta, comprendió que no podía realmente contar sino con el auxilio de Dios, y confiando en el Señor Supremo, dirigiéndose á él con ingenua fe, recibió en cambio de su completo abandono, un don invisible superior á las grandezas reales; el espíritu de sabiduría que debía ser su amparo en medio de un mar de peligros en el que quizás hubiera naufragado cualquiera otra hija de rey.

De esta manera en el silencio, la oscuridad y desnudez de su cárcel de Arévalo echaba la piedad fecundas raíces en su alma. La religión era su único recurso, y hasta su única educación; porque consta que al cabo de algunos años, la ignorancia en que el rey dejaba á la infanta y á su hermano excitó el celo del episcopado, quien apoyado por una parte de la nobleza, hizo al rey enérgicas representaciones. Fingiéndose Enrique reparar sus injusticias, mandó luego llevar á la corte á Isabel y Alfonso, so pretexto de cuidar él mismo de su educación; pero, en realidad, para tenerlos en su poder como rehenes.

No hizo mella en el espíritu de Isabel el repentino paso del aislamiento y pobreza del convento de Arévalo á la deslumbradora escena donde la reina su cuñada disipaba su vida en las fiestas, cacerías, torneos, festines, y en donde se esforzaba por ocultar bajo el esplendor del lujo la vergüenza de sus amistades. No la cegó su elevación súbita. En aquella atmósfera corrompida, asediada por las lisonjas, los pérfidos consejos, rodeada de amables enemigas, que espiaban cada una de sus palabras y aún sus miradas, para perderla ante su cuñada; su prudencia, su penetración, su constante reserva, su amor al estudio, su tranquila



deferencia para con el rey su hermano y hasta para con la reina, y sobre todo su fervorosa piedad le hicieron descubrir las asechanzas preparadas contra ella.

Entre tanto, ni lo exhausto del erario, ni la angustia de los pueblos detenían los insensatos gastos de la corte. Parecía que se intentaba ahogar el grito de la miseria pública con un tumultuoso torbellino de fiestas. Furioso el rey á causa del apodo de impotente que se le daba, iba en pos del escándalo y del peligro; para dar prueba de su virilidad por la valentía, dirigía á veces escaramuzas contra los moros, prodigando el valor de una manera insensata. Estragado en sus aficiones, cansado de las picantes palabras y de los exquisitos deleites de su favorito el marques de Villena, descendió hasta á los más innobles camaradas en busca de los más innobles placeres; y su capricho encumbró á veces á oscuros familiares á los primeros empleos del Estado. El descontento de los grandes produjo muy pronto una facción. Formóse una liga con el objeto de coronar, en lugar de Enrique, á su jóven hermano, el infante don Alfonso. Logróse con maña que el mismo rey les entregara al príncipe que sólo tenía entonces once años y medio de edad. Los de la liga escogieron á Ávila para reunirse y coronar allí al infante don Alfonso; mientras que el rey don Enrique creyéndose perdido huía á Salamanca, acompañado de la reina y de la infanta Isabel.

Afortunadamente para Enrique, acudió á su ayuda, con sus nobles, su servidumbre y mil quinientos caballos, el jefe de la poderosa casa de Alba, que conservaba su antigua y leal veneración al príncipe legítimo. Púedese decir que aquel día la casa de Alba salvó el principio de la legitimidad monárquica. Su ejemplo animó á otros grandes señores, acumuláronse las fuerzas, y se reunieron al rededor del soberano cerca de veintiocho mil hombres; pero la debilidad del rey no supo sacar partido de este refuerzo inesperado. Una especie de paz con los rebeldes le expuso muy pronto á nuevos peligros.

Explotando hábilmente estos desórdenes, el ambicioso don Pedro Giron, Gran Maestre de Calatrava, se atrevió á ofrecer al rey, por subsidios, sesenta mil ducados de oro y tres mil jinetes que él tendría á sueldo por su cuenta, si le concedía la mano de su hermana la infanta Isabel. ¿Habrà quién lo crea? ¡aceptóse tan ofensiva proposición, en vista de la inseguridad en que estaba el monarca! Resistiendo empero la jóven princesa á semejante insolencia, suplicó á Dios que le quitara la vida ántes que permitir aquella deshonra. Á instancias suyas, algunas santas personas oraron también al mismo objeto, y la muerte súbita del Gran Maestre puso término á sus inquietudes.

Hácia dicha época, Segovia había abierto sus puertas al pretendiente don Alfonso. Isabel fué á encontrar á su hermano para vivir á su lado; Valladolid le reconoció pronto como soberano. La causa del infante don Alfonso ganaba cada día nuevos auxiliares, cuando un día por la mañana le encontraron muerto en su cama.

Isabel se retiró en seguida al convento de Avila. Una comisión de la nobleza, presidida por el arzobispo de Toledo, fué á dicho asilo á ofrecerle la corona. La jóven princesa respondió que su amor hácia su hermano se oponía tanto como su respeto hácia el rey á que escuchara semejante proposición. Una importante comisión de Sevilla probó en vano de reiterar estos ofrecimientos. Nadie pudo cambiar su determinación. Conmovido don Enrique por esta fidelidad, se reconcilió con su hermana.

Con haber evitado lazos y descubierto la malicia de las cortes, no había sin embargo asegurado Isabel la libertad de su mano. Es verdad que una muerte imprevista la había librado de la ambición del Gran Maestre de Calatrava; pero quedaban los pretendientes coronados quienes, para sí, sus hijos ó sus hermanos, hacían la misma petición. El rey de Portugal, el duque de Guyena, hermano de Luis XI, uno de los hermanos del rey de Inglaterra, Eduardo IV, y el hijo del rey de Aragón, se disputaban su mano. El rey de Portugal se prometía la preferencia en su doble calidad de vecino y pariente. Por la influencia del favorito Villena apoyaban sus proposiciones el rey Enrique y su esposa; pero la inflexibilidad de Isabel hizo fracasar este plan, formado por la ambición. Tan insensible á los ruegos del favorito como á las amenazas del rey, rechazó la petición de Portugal.

En la precoz madurez de su talento bien conocía Isabel que, en las gradas del trono, no podía depender únicamente de su corazón la elección de un esposo, que en estos elevados destinos se sobreponían los intereses de una nación á los afectos y á la dicha íntima de la vida. Después de haber hecho que su confesor tomara secretamente informes de cada uno de los pretendientes, y pesado su mérito comparativo, fijó irrevocablemente su elección en su primo don Fernando, hijo del rey de Aragón. En vano la diplomacia y hasta la fuerza militar acometieron la empresa de forzar su consentimiento. Mientras que un cuerpo de ejército avanzaba hácia Madrigal para apoderarse de la infanta, llegaron el arzobispo de Toledo y el almirante de Castilla al frente de trescientos caballeros, y se la llevaron á Valladolid como en triunfo.

El afortunado, aunque elegido, no estaba con todo en posesión de su dicha: no podía sin temeridad pasar de Aragón á Castilla, porque se había dado orden de detenerle, y á este objeto cruzaban los caminos numerosos destacamentos. Así que debió penetrar furtivamente en aquel territorio, sin lujo ni séquito, como en país enemigo. Disfrazóse de mercader, con dos de sus oficiales, cuyo criado parecía, y no viajaba sino de noche; de esta manera, entre peligros y oscuridad llegó á la ciudad de Osma, donde tenía quien estaba en inteligencia con él. La mañana siguiente, con una escolta ménos humilde, partió para Valladolid, en cuya ciudad se celebró el 19 de octubre de 1469, el matrimonio de Fernando, rey de Sicilia, príncipe heredero de Aragón, con la infanta Isabel.



Quizas no hubo nunca hijos de reyes que se vieran en tal pobreza. Isabel no tenia más que una viudedad en perspectiva, y Fernando había tenido que tomar dinero prestado para los gastos de viaje y de boda. No podían ni mantener su séquito, ni aumentar sus deudas. Su único crédito era la hacienda del arzobispo de Toledo, cuyas inmensas rentas son bien sabidas, pero el prelado no fué quizas tan generoso como debiera con los príncipes. Así es que estos no sólo se hallaban bajo su dependencia, sino que más de una vez experimentaron cuán pesada es la obligacion contraída con un inferior. Además de la penuria presente, no estaban sin inquietud por lo venidero. Léjos de aumentarse el número de sus partidarios, se disminuía de cada día más. Valladolid, aquella ciudad hospitalaria, testigo de su union, acababa de declararse por segunda vez á favor de don Enrique.

Retirados á la pequeña ciudad de Dueñas, comenzaban ya á temer los proyectos del rey contra ellos, cuando Enrique llegó á Segovia. La amiga de la infancia de Isabel, Beatriz de Bobadilla, que habia compartido su soledad y tristeza durante su cautiverio en Arévalo, y se habia casado con Cabrera, gobernador de la fortaleza, valiéndose de la ausencia del favorito, el marques de Villena, se atrevió á hablar al rey de su hermana, y á proponerle una reconciliacion. Como Isabel estaba advertida, llegó de improviso acompañada sólo del primado de Toledo, fué al encuentro de su hermano, suplicándole que le perdonara su matrimonio. El rey, de natural bondadoso, y que interiormente no podía resistirse á amar á tan encantadora hermana, le abrió cariñosamente sus brazos.

El de Villena murió algunos meses despues, siguiéndole muy luégo al sepulcro su dócil monarca. De esta manera, el 14 de diciembre de 1474 era ya reina de Castilla la infanta doña Isabel.

## § II.

Llegado que hubo este momento que Fernando esperaba, pero que Isabel temia, la reina, cual fiel vasallo á su dueño, prestó en seguida al Supremo Señor homenaje de su cetro y corona, para que su reinado diera frutos de gloria á Jesucristo y de felicidad á sus súbditos. Imploró especialmente del cielo el don de Justicia, el don que la Iglesia pide á favor de los príncipes cristianos (1). Á contar desde aquel día, el espíritu de sabiduría que habitaba como en un tabernáculo en el casto corazón de Isabel, se reveló por sus consejos.

(1) Deus judicium tuum Regi da, et justitiam tuam filio Regis.—Psalm. LXXI.

Al subir al trono, recogía la heredera del cetro, los frutos de las dilapidaciones y vicios acrecentados por la impunidad en los dos reinados consecutivos.

Además de las rebeliones y facciones del interior, veía que le amenazaba cual próxima borrasca la invasion portuguesa, que podía combinarse con un ataque de los franceses, y alentar las excursiones de los moros dispuestos siempre á la lucha. No la habia reconocido como soberana toda Castilla; Extremadura pertenecía á su enemigo, el duque de Arévalo, y Castilla la Nueva estaba sublevada á las órdenes del joven marques de Villena, hijo del antiguo favorito.

En esta inquietud no podía Isabel esperar ningun auxilio de Aragon exhausto de hombres y dinero; al contrario, su mayor dificultad procedía de este reino. El príncipe heredero, don Fernando, que sólo habia traído á Castilla acreedores y enemigos, pretendia gobernarla solo y en su nombre propio. Hacia valer derechos directos, y además, el *usaje* de Aragon que excluye á las hembras del trono. Habiendo Isabel vivido ya cinco años con el esposo de su eleccion, habiéndole dado sin reserva su cariño, no queria sin embargo abandonarle los destinos de su reino. Llena de deferencia para con él, sabia apreciar su inteligencia y su aplicacion al trabajo; pero no se dejaba deslumbrar por su disposicion y sagacidad diplomáticas. Y mientras hacia justicia á su habilidad, no le creía con bastante vigor para dirigir por sí solo el gobierno de las Españas, cuya unidad habia atrevidamente concebido su genio.

Los consejeros castellanos suplicaban á la reina que sostuviera sus derechos. Los consejeros aragoneses excitaban al rey á que no cediera un ápice en sus pretensiones. Finalmente, nombrados árbitros de la desavenencia el cardenal de Mendoza y el arzobispo de Toledo, reconocieron que el gobierno de Castilla correspondía únicamente á la reina, y se pronunció la sentencia arbitral en presencia de los grandes del reino. Esta decision ofendió tan hondamente el orgullo aragones de don Fernando, que trató de dejar á la reina y volverse á los Estados de su padre.

Pero, con aquella superioridad de razon que la guiaba en todo, acercándose Isabel al monarca irritado, y tomándole de la mano, le dijo, con voz persuasiva, algunas palabras tan llenas de cariño y sabiduría, que la historia las ha recogido. El candoroso cronista, doctor Vallés, las refiere bajo el ingenuo título de: «Amoroso discurso.» Si el doctor Vallés ha reconocido en las palabras de la reina el raciocinio del amor, nosotros encontramos tambien en ellas el amor de la razon. El lenguaje de Isabel, en aquel momento decisivo para la suerte de España, no fué más que una ingeniosa ecuacion entre la razon y el amor, como entre el corazón y la inteligencia, maravilloso equilibrio del deber y de la ternura. La reina demostró en pocas palabras que les sería recíprocamente ventajoso á los dos el gobernar cada uno sus Estados, prestándose mútuo apoyo, y reuniendo dos nombres, dos coronas,